

EL DILUVIO

Diario político, de avisos, noticias y decretos

EDICION de la TARDE

Redaccion: Escudillers Blanches, 5 bis, bajo. | Administracion: Plaza Real, núm 7, bajo.
Precios de suscripciones: Barcelona, 1.50 pias. (plata) al mes. Fuera, 3 id. trim. Extranj. 6 id.

CORONAS COMUNION

Fábrica de Flores
Ronda de la Universidad, núm. 23.
Ventas por mayor y menor.

Crónica diaria.

Hacia bastantes días que la ronda especial de Consumos destinada á la persecucion de mataderos clandestinos no daba señales de vida.

Ayer, por fin, nos demostró que no había muerto, por de golpe y porrazo se presentó en una tienda de la calle de Nápoles, en donde practico un minucioso registro que dió por resultado el hallazgo de una cebra sacrificada clandestinamente y varios despojos, á más de gran número de útiles para el degüello de reses.

Entre el vecindario de la calle de Misericordia (Las Cortes) corre el rumor de que una niña de diez años, hija de una vecina de dicha calle, ha sido bárbaramente atropellada por el médico que la asistía en la enfermedad que viene padeciendo.

Hicimos algunas averiguaciones, hemos podido convencernos de que el tal cochichero no carece de fundamento; pero la cosa se lleva con gran sigilo, á fin de evitar que se produzca un escándalo, como sucede siempre que el culpable es persona que tiene algo que perder.

Parece que anteaer la madre de la niña denunció lo ocurrido á las autoridades, y que á consecuencia de esta denuncia el juez municipal del distrito y un médico se presentaron en la habitacion de la enferma para reconocerla y tomarla declaracion.

Si el autor del atropello fuera algun pobre, las autoridades, de buenas á primeras, le hubieran preso, dado su nombre á la publicidad y pregonado su falta; pero tratándose de una persona de reputacion ya es distinto.

La justicia es así, muy ecérgica ó muy templada, segun la posicion que ocupa el que delinque.

A las tres y media de esta tarde el Ayuntamiento en corporacion visitará al nuevo gobernador civil, señor Dorca.

Copiamos de un periódico local:

«Hace algunos días, el subdelegado de Medicina del partido de Vilafranca del Panadés denunció al alcalde de dicha poblacion que sospechaba que las aguas potables de la misma llevaban en suspenesion microbios tifoideos, fundando su sospecha en los muchos vacíos que se encontraban atacados de fiebre tifoidea.

En vista de ello, el alcalde dispuso que un empleado de aquel Municipio cogiese tres botellas de agua y las remitió al Gobierno civil para que, desde este centro, sean remitidas al Laboratorio químico municipal y en él se dictaminase la existencia ó no de los indicados microbios en las aguas, y en caso afirmativo tomar las medidas conducentes á evitar la propagacion de la enfermedad.»

De Malgrat comunican que uno de los trenes procedentes de Barcelona estuvo detenido en aquella estación como cosa de tres horas, á consecuencia de la rotura de una de las agujas de desvío, no habiendo podido efectuarse en el Empalme el enlace acostumbrado con los demás trenes.

Con la representación de la obra *De mala raza* debutó anoche en Novedades la compañía del teatro de la Comedia de Madrid. Hubo un lleno completo y el público aplaudió al señor Thuillier y á la señora Pino.

Noticia de los fallecidos recibida el día 31 de Mayo de 1900.

Casados	4	Viudos	3	Solteros	2	Niños	5	Aberías	3	Nacidos	(Varones 11)
Casadas	3	Vindas	4	Solteras	2	Niñas	6				(Hembras 4)

UN NUEVO ASPECTO DEL «QUIJOTE».

CAPÍTULO VI.

El matrimonio juzgado por Cervantes en su «Quijote»: sus ventajas y desventajas.

Después de haber sido expuestas las opiniones de Cervantes acerca de los enamorados, es lógico transcribir las que sustentaba acerca del matrimonio, cuya unión califica de «justa y santa».

Ante todo, conviene observar que el ilustre soldado de Lepanto, que en casi toda la historia del loco manchego se manifiesta alegre y jocosos, como si la hubiera escrito con la sonrisa en los labios, cuando se ocupa del matrimonio lo hace siempre con palabras graves y serias y en tono levantado y un tanto enérgico.

Una de las primeras cosas que á los padres advierte es «que no den á sus hijos estado contra su voluntad». Las consecuencias de los casamientos forzados son por regla general muy tristes, y mayores aún si son hembras las movidas á realizar contra su gusto un acto tan trascendental como este.

Pero este no impide el que los padres aconsejen seriamente á sus hijos, y particularmente á sus hijas, acerca de lo que más les conviene, cuando una de ellas piense tomar estado, pues «si á su sola voluntad quedase el escoger los maridos, tal habría que escogiese al criado de su padre y tal al que vio pasar por su calle, á su parecer bizarro y entonado, aunque fuese un desbaratado espadachín».

Con gran insistencia aconseja á los hombres que mediten cuerdamente el paso que han de dar, antes de poner en ejecución sus pensamientos, cuando pretendan casarse, porque el matrimonio, asegura, «está muy á peligro de errarse y es menester gran tiento y particular favor del cielo para acertarlo», pues, en otro lugar afirma, «el amor y la afición con facilidad ciegan los ojos del entendimiento, tan necesarios para tomar estado».

Así, no deben olvidar nunca los que en caso parecido se encuentran, que «la compañía de la propia mujer no es mercadería que una vez comprada se vuelve ó se trueca ó cambia, porque es accidente inseparable que dura lo que dura la vida; es un lazo que si una vez le echale al cuello se vuelve en el nudo gordiano, que si no le corta la guadaña de la muerte no hay manera de desatarle».

Una vez penetrado el hombre de la verdad que encierran observaciones tan sensatas, lo primero que debe mirar en la mujer, si persistiera en la idea de casarse, es «la fama más que la hacienda», porque «la buena mujer no alcanza la buena fama solamente con ser buena, sino con parecerle; que mucho más dañan á las honras de las mujeres las desenvolturas y libertades públicas que las malandanzas secretas», y después sus cualidades morales, muchas de las cuales ya quedan apuntadas, grandemente necesarias para que la felicidad de los cónyuges sea un hecho, porque «así como el hombre de bien le basta no ser un monstruo para ser querido, así la mujer no tiene bastante con ser únicamente bella de cuerpo si no es al mismo tiempo bella de alma».

Debe procurar también el hombre no contraer enlace con mujer de posición muy distinta de la suya, ni de edad muy diferente de la que él tenga, pues «los casamientos desiguales nunca se gozan ni duran mucho en aquel gusto con que se comienzan», sino hacer, por todos los medios posibles, que sea verdad lo dicho por Cervantes: «El matrimonio hace en los buenos casados que aunque tienen dos almas no tienen más de una voluntad.»

Para ello el esposo debe erigirse en guía cariñoso de su mujer, la cual, «si es buena, fácil cosa es conservarla y aun mejorarla en aquella bondad, y si mala, puede llegar á enmendarse», aunque no es muy hácedero pasar de un extremo á otro. De cualquier manera, su deber es ponerla ante los ojos «la limpieza de la virtud y la belleza que encierra en sí la buena fama, que la buena mujer es como espejo de cristal luciente y claro, que está sujeto á empañarse y oscurecerse con cualquiera aliento que la toque»; y cuidar de los amigos y amigas con quienes se relacione, unos y otras peligrosos á veces, por lo cual lo advierte diciendo que «tanto cuidado debe tener con los amigos que llegan á su casa como mirar con qué amigas su mujer conversase». La vigilancia no debe extremarla hasta dar en inquisitorial y celoso y menos intentar ver

hasta dónde pueda llegar la virtud de su esposa, valiéndose, como Anselmo, de algún «caritativo» amigo, porque «el que juega con áscuas al fin se quema», y después de todo, «para qué ahondar la tierra y buscar nuevas vetas de nuevo y nunca visto tesoro, poniéndose á peligro de que todo venga abajo, pues al fin se sustenta sobre los débiles arrimos de una flaca naturaleza?»

Lo mejor, para no incurrir en vanas sospechas, es hacerse la ilusión que expresaba de este modo un sabio de cuyo nombre no recordaba *Don Quijote*: «Que no habla en todo el mundo más que una sola mujer buena, y daba por consejo que cada uno pensase y creyese que aquella sola buena era la suya, y así viviría contento», pues muchas veces, ofendida la esposa con celos infundados, llega á desviarse del verdadero camino y tomar por senderos de perdición; en tal caso responde el marido de la conducta de su consorte ante Dios y ante sus semejantes. Así lo decía don Alonso Quijano: «De todo aquello que la mujer del juez recibiera, ha de dar cuenta al marido en la residencia universal, donde pagará con el cuatro tanto en la muerte, las partidas de que no se hubiere hecho cargo en la vida.»

Una de las desgracias más terribles que pueden sobrevenir á los casados, sepultando su dicha para siempre y dando ocasión á espantosas tragedias, es el adulterio. «Y como las desgracias—dice Cervantes por boca del desechado Cardenio—cuando las traen la corriente de las estrellas, como vienen de alto á bajo, despeñándose con furor y con violencia, no hay fuerza en la tierra que la detenga, ni industria humana que pueda prevenir las, la de que aquí se trata es también á veces inevitable. Pero si por culpa de la mujer no tiene la falta atenuante ninguna, y la adúltera merecía ser condenada, como establecían las leyes de la mayoría de los pueblos antiguos, á la última pena, al marido, en cambio, de ella, si no ha dado ocasión para que su mujer no sea le que debe, ni ha sido en su mano ni en su descuido y poco recato estorbar su desgracia, debe mirársela con ojos de lástima, y no señalarle con infamante estigma, ni calificarle, como se hace, con nombre de vituperio y bajo, sino «compadecerse de la desventura á que le trajo el gusto de su mala compañera».

Como es justo, Cervantes también fugaba sin piedad, poniendo en evidencia su avilantez y cobardía, al ladrón de honras ajenas, que arrebató la de «el pobre honrado que tiene prenda en tener mujer hermosa».

Sin insistir sobre lo que nuestro autor llama «la impertinencia de los suegros», que tanto estorban á los casados, ni hablar de esas naturales y previstas enfermedades de las casadas, cuyos síntomas son antojos tan raros «como comer tierra, yeso, carbon y otras cosas peores, aun saquerosas para mirarse, cuanto más para comerse», terminaremos lo que se refiere al matrimonio diciendo con él que son pocas sus ventajas y muchas y grandes sus desventajas, y recomendando á los que la muerte les hizo libres no vuelvan á caer en la trampa donde una vez les cogieron, porque la libertad es la cualidad más preciada del hombre, y la libertad se pierde con el matrimonio.

(Sacado del opúsculo de don César Moreno García, impreso en Avila.)

La mala casta.

Como bonita, era de lo más bonito que paseaba por Madrid. ¡Había que verla camino del taller, cuando con el manto de lana sobre los hombros, el pañuelo de seda á la cabeza,airoso el andar y erguido el cuerpo, recorría las calles, acariciada por el venticillo de la mañana y por el piopeo de los transeuntes.

Era su pelo rubia mata de trigo, requemada por el sol de Agosto; sus ojos, azules; corta y respingoncilla su nariz; rojos sus labios; blancos y menudos sus dientes; redonda la barba, y estatuario el cuello, que se destacaba, como columna de alabastro, sobre el pañuelo rojo que le servía de pedestal... ¡Si era bonita!... Bastaba preguntarlo á cualquiera: á los horteras, que saltaban por encima del mostrador para seguirla con los ojos desde la puerta de su tienda; á los obreros, que se quedaban con la boca abierta mirándola pasar, y sonreían, como pensando; ¡qué cosas tan buenas sabemos construir nosotros! á los señoritos, transformados en perros de muestra al atisbo de aquella hermosa pieza humana; á los vecinos de Luisa (así se llamaba), puestos en facha para verla subir los escalones de su vivienda; á los pájaros... que también los pájaros metían sus cabezitas de granuja por el ventanuco de la buhardilla donde Luisa habitaba, para dedi-

carla el truhanesco requebrar de sus trinos.

Luisa había nacido hermosa de entre la infamia y la miseria, como nacen hermosas las flores de entre el estiércol. Su madre fué una perdida, una madre mala, que la abandonó para irse con cualquiera, cuando la niña no tenía diez años; su padre era un borracho, un holgazán, que tras matarla de hambre, mientras tuvo que mantenerla, se dedicó á vivir á costa de la muchacha cuando la muchacha empezó á ganarlo. Así vivió él, hasta que un día reventó en medio del arroyo, asesinado por el aguardiente.

Luisa contaba entonces diecisiete años, y aun no había transcurrido medio cuando la suerte, empuñada en servirle, puso delante de sus ojos á un mozo con más audacia que corazón, más apatitos que conciencia y mejor figura que sentimientos.

Hijo de unos labradores ricos, estudiaba Anselmo en Madrid el quinto curso de primero de Derecho romano, y si no conocía bien el camino que á la Universidad conduce, conocía maravillosamente todos cuantos llevan á la diversión y al jolgorio. Habitaba, en casa de huéspedes, el piso principal de la casa donde vivía Luisa, y un encuentro hoy, otro mañana, esta galantería dicha al paso, aquella pronunciada

más cerca de la joven, trajeron como resultado para ésta, primero, una gran simpatía hacia el estudiante; luego, una pasión incondicional, profunda, y, al fin, la entrega absoluta de su alma y de su cuerpo; esa entrega primera de los seres que no han encontrado cariño en padre, y que, en medio de su aislamiento y su desamparo, contemplan unos brazos que se tienden hacia ellos.

¿Qué remedio, sino caer en esos brazos! Luisa cayó... Y no pudo quejarse. El estudiante la hizo tolar durante cinco meses.

Feliz como no había pensado serlo nunca. Feliz al salir por la mañana hacia el taller, luego de contemplar a Anselmo dormido y enviarle su alma en un beso; feliz cuando del trabajo volvía y preparaba la mesa y comía con Anselmo manjares enriquecidos con trases de amor y sazonzados con caricias; feliz por la noche, cuando, sentados junto a la lámpara, refería ella su anterior existencia, el abandono de la madre criminal, las intancias del padre borracho; recuerdos tristes que traían lágrimas a sus ojos, lágrimas que él secaba con sus manos trémulas de pasión; feliz siempre, y más feliz que nunca el día en que ruborosa, palpitante, con voz que la dicha hacía celestial y la vergüenza queda, le habló de su hijo, del pedazo de los dos que había sentido latir en sus entrañas, y que iba a unirlos para siempre...

«Un hijo!... ¡demonio!—pensó Anselmo— ¡Qué acontecimiento tan oportuno!... Aquello era más que una contrariedad; podía ser un obstáculo para su porvenir. ¡El, vástago de gente adinerada, con novia en el pueblo, y novia rica; con esperanza de ser, andando el tiempo, diputado, ministro o gobernador por lo mínimo, comprometerse con la hija de una perdida y un aguardatosol... ¡No faltaba otra cosa! Era preciso cortar por lo sano, y a escape, como él sabía, como sabía hacerlo...

Y lo hizo, desapareciendo una noche para no volver más.

¿Qué le importaba a él de Luisa, de aquel fruto de la miseria y de la infamia, de aquella encastada por el libertinaje y por el alcohol?... En cuanto al chiquillo... ¡Bah!... Quizás no naciese. ¡Y si nacía!... Estaba resuelto a no saberlo a punto fijo...

La desesperación de Luisa, al saber su abandono, fué espantosa, horrible... Hubo un instante en que sintió el vértigo suicida y subió al estrecho vantageo e inclinó el cuerpo hacia la calle, dispuesta a romperse contra las piedras del arroyo.

Pero, no. ¡Y su hijo! Era preciso vivir para él, trabajar para él. Para él vivió y trabajó sin descanso, hasta que el niño vino al mundo.

Y volvió a ser feliz con aquel pedazo de sus entrañas, y reconcentró en él la vida, el porvenir entero. ¿Qué significaba un padre, el infame que había jurado por ella! Nada. Lo grande, lo sublime, lo permanente, el amor verdad era la hermosa criatura que reía en sus brazos.

Dos años transcurrieron. El niño comenzaba a andar, haciendo estremecerse a la madre de temor y alegría con el bamboleo de su cuer-

po y con la torpeza de sus pasos...

Un día el niño cayó enfermo. Luisa tenía calentura; ya no sonreía; ya no abría sus ojos azules; ya no agitaba con infantil ansia sus bracitos redondos. Tendido en el lecho, encendido el rostro, fatigosa la respiración, inmóvil el calenturiento cuerpecillo, parecía una flor marchita, bella aun, pero empalidecida por las proximidades de la muerte.

Vino el médico; vió al enfermo; recetó una medicina; volvió al día siguiente, al otro... Y la enfermedad prolongándose, y la madre sin poder acudir al trabajo, y el niño necesitando cuidados, y los cuidados costando dinero, y el dinero saliendo del pobre aljuar de Luisa; de sus ropas; que fueron, prenda a prenda, a convertirse en monedas de plata; de la cómoda, del sofá, de la ropa de cama, de su máquina de coser, ¡que también tuvo que empeñar su máquina, su único instrumento de guerra para defenderse en la batalla de la vida!... Después, nada; ya no quedó nada más que la enfermedad terca, la miseria invencible y la madre llorando...

—Es preciso darle esta medicina—dijo el doctor, entregando a Luisa una receta—De ella depende la salvación del niño; jugamos con ella la misma carta.

—¿Y cuánto valdrá?—murmuró Luisa recogiendo el papel con temblorosa mano.

—Unos tres duros—respondió el médico desde la puerta.

—Tres duros! ¡De dónde sacarlos!... ¡Ya no tenía qué empeñar! ¡Nada!... ¡Nada!...

Luisa miró a su hijo; cogió un frasquito de cristal, le metió en el botallito, juntamente con la receta, y salió a la calle.

¿Dónde iba? ¡Sabía!... ¡Esa casa! Por los tres duros, primero; por la medicina, después. ¡Por la medicina!... Es decir, por la vida de su hijo...

—Vamos, muchacha, convéncete—decía a Luisa un señor grueso, respetable, bien trajeado;—pidiendo limosna no los tendrás. Hazme caso, convéncete...

—Sí, vamos, vamos pronto—respondió la obrera.

Y se perdió con el hombre en el fondo de un portalliso estrecho, alumbrado por un quinqué que relucía entre una alambra abollada y sucia...

Luisa salió a poco y echó a andar precipitadamente; sin mirar el horrible casuco que dejaba a su espalda ni a la gente que iba por la calle.

Algo en la vía salir y miró la casa de donde la joven salía.

—¡Digo!—exclamó el curioso.—¿De dónde sales! ¡Eh!... ¡Y quería que yo hubiese aceptado el compromiso!... ¡Ni que fuera tonto!... ¡La hija de una perdida y de un borracho!... ¿Dónde iba a concluir eso?... En el sitio de que ha salido. Estaba más claro que la luz.

Y añadió, después de una pausa:

—¡La mala casta no podía fallar!...

Aquel hombre era Anselmo.

Joaquin Dicenta.

TELMO TELMON.

Folleto de la tarde (N.º 135).

—Este es otro asunto, en el que la justicia obrará como correspondida, contestó el juez, y si hay delinquentes serán castigados; no se precipite V. ni se funde en prejuicios, porque este es el medio de incurrir en graves errores; y en prueba de ello, V. mismo acaba de llamar traidores á dos personas dignísimas á quienes se debe precisamente el hallazgo de la señorita Dorotea; estas dos personas son don Telmo Telmon y su señora, doña Micaela; ésta, por medio de su penetración, adivinó en dónde estaba la señorita, con su ingenio se puso en contacto con ella, con su generosidad avisó á V. para que fuese V. el salvador de su amada, y su previsión fué causa de que pudiese dar la voz de alarma, porque ella fué quien la dió. Por otro lado, ¿qué interés podían tener don Telmo y doña Micaela en engañar? ¿le habían pedido á V. dinero ó cosa parecida? No; porque, aun cuando no conocía personalmente á don Telmo, sé que jamás ha aceptado nada de nadie.

Esta filípica desconcertó á Abel; sin embargo, dijo:

—El de policía me exigió quinientos duros por adelantado, y como él y Telmo son amigos...

—Mala suposición, contestó el juez; cuando el de policía le pidió á V. dinero, debió V. desconfiar de él y avisar á don Telmo. En fin, ya está V. enterado; he hablado á V. como amigo y no como juez; quede V. con Dios.

Y acompañó á Abel hasta la puerta del despacho, diciendo para sí:

—Corazon y cabeza pequeños.

Abel salió contento porque Dorotea se había salvado; descontento del juez por lo que le había dicho, y furioso contra Telmo porque, según él, se había portado como un villano que era.

Luego le ocurrió otra idea.

—¡No me dará poco que hacer todo esto! dijo, y yo no sirvo para tratar con curules; no hay más, tendré que buscar un agente; pero en dónde lo encontraré? ¡Es tan difícil dar con un hombre honrado!...

Pensando en esto llegó á su casa.

CAPÍTULO III.

Entre compadres.

Los honrados señores don Rafael y don Leon se encontraban, en compañía del agente don

Maric Ponciano de San Lorenzo, en una sala correspondiente á una casita aislada situada en un pueblecito inmediato á la ciudad.

Maric y Rafael estaban sentados y Leon decía, paseándose á grandes pasos:

—¡Mil demonios que se os lleven! ya estoy cansado y todo se lo llevará la trampa. No parece sino que queréis sitiarme por hambre.

—No hay tal cosa, contestó Rafael; pero si quieres disolver la Sociedad poco me importa, y que cada uno trabaje por su cuenta. Te quejas y no tienes razon, porque la culpa es tuya; te has dejado dominar por una mujer capaz de comerse las riquezas de Cresco, y de aquí proviene todo.

—No permito que nadie se meta en mi vida privada, dijo Leon, deteniéndose con aire amenazador delante de Rafael.

Este se levantó y dijo:

—Pues yo no consiento que nadie me insulte ni que se hombree conmigo; ¡ira de Dios! Aquí se juega limpio; has cobrado tu parte en los beneficios como cada uno de nosotros y aun debes dos mil duros á la caja social; ¿qué más quieres? Hace tiempo que estoy convencido de que no podemos marchar juntos; pido, pues, que se haga la liquidación y que cada uno se vaya por su lado.

—Pase, señoras, exclamó Maric, ¡levantándose; á qué viene esto? ¿se han vuelto ustedes locos? ¡Disolver la Sociedad en el preciso momento en que tenemos en puerta la realización de un negocio que puede ponernos á todos en buena posición? ¡Siéntense Vdes. y hablemos como hombres formales. Don Rafael, hágase V. cargo de la situación y verá V. que es natural el enojo de don Leon. Esto necesita con urgencia quinientos duros; éstos no pueden salir de la caja social; pues bien, yo, aunque algo necesitado, se los prestaré y asunto concluido.

Leon se calmó de repente y dijo:

—Hablemos de ese negocio tan pingüe, y, una vez realizado, disolveremos la Sociedad.

—Perfectamente, contestó Rafael; hablemos del negocio.

Los tres se sentaron.

—Señores, dijo Maric, apoderándose de la presidencia; ayer me manifestaron Vdes. que un estúpido llamado don Abel Conciso, grande amigo de Vdes., estas fueran las palabras de don Rafael, les había hecho el encargo de pedir para él la mano de una tal Dorotea, pupila

de don Fructuoso Tosco; pues bien, la clave del negocio consiste en que Abel y Dorotea se casen.

—Difícil me parece, contestó Leon, porque, según nos dijo el tutor, la niña desapareció y se ignora su paradero.

—Esto era verdad ayer, replicó Mario; pero hoy todo ha cambiado: la niña ha sido encontrada esta noche pasada y depositada en un convento por orden del Juzgado. En este asunto ha mediado un sujeto llamado Telmo Telmon, un maestro de escuela que no tiene un cuarte; pero es listo, y, al parecer, trata de apoderarse de don Abel para explotarle. Todo esto lo sé por un dependiente del Juzgado. Ahora bien; Vdes. son amigos de don Abel y hoy han de almorzar con él; por lo tanto, lo que se desea de Vdes. es: primero, que don Abel desaire á Telmo Telmon, á fin de que éste rompa con él sus relaciones; segundo, que don Abel se case con Dorotea; y tercero, que me tome por agente y me dé poderes para liquidar con don Fructuoso: en esta liquidación está el negocio. No me pidan Vdes. más explicaciones; básteles saber que yo respondo del resultado.

—Y esto nos dará diez mil duros á cada uno? preguntó Rafael.

—Por lo menos, contestó Mario, esto será la sintonía, porque me propongo dejar á don Abel como el gallo de Moron. Ahora, á ver cómo Vdes. se portan.

—No me parece difícil el encargo, contestó Rafael, y creo que bastará una indicación nuestra para que le nombre á V. apoderado; en cuanto á casarse no creo que se vuelva atrás habiendo mediado nosotros en el asunto; ahora, el que riña con Telmon ya me parece más difícil.

—¿Por qué preguntó Mario; si Telmo es un plebeyo, es indigno de la amistad de un caballero y no puede ser más que un instrumento que, después de utilizarlo, se tira.

—Ya, contestó Rafael; pero don Abel se las echa de agradecido, y si cree que debe algo á Telmo no reñirá con él.

—¿Pero quién es ese tipo, y qué puede hacer? preguntó Leon.

—Matarle á V. en desafío, contestó Mario, porque tiene valor y destreza para esto, y desbaratar nuestros planes, porque es listo para ello y mucho más. En fin, cuando yo digo una cosa deben Vdes. creerme, ya que dirijo el negocio, y lo repito: han de lograr Vdes. que don Abel se indisponga con Telmon.

Partes por los alambres

(Telégrafo, teléfono y cable.)

Alcance hasta mediocía

PROPÓSITO DE ROBERTS.—LOS SUCESOS DE LA CHINA.

Paris, 1.º—Telegrafían de Londres que al entrar en Johannesburg el general Roberts se propone publicar un bando desmintiendo las inexactitudes que han circulado acerca de los propósitos de los ingleses. En el bando se prometerá la inmunidad á los no combatientes, se permitirá volver á sus casas á los boers que no hayan tomado parte en la guerra, y en cuanto á éstos deberán entregar las armas y jurar no combatir jamás á los ingleses. Sus propiedades serán respetadas en el caso de que lo hayan sido las de los ingleses, y respecto de las que hubiesen sido perjudicadas se castigará á los autores de los daños causados y se exigirá la correspondiente responsabilidad á las autoridades transvaalenses.

Comunican de Tientsin que ayer salió un tren especial para Pekin; conduciendo 22 oficiales y 334 soldados europeos y cinco cañones de tiro rápido.

Circula el rumor de que encontraran resistencia en el primer puesto avanzado de la capital, situado fuera de las murallas. Las citadas fuerzas europeas se componen de 3 oficiales y 32 soldados ingleses, 3 oficiales y 72 soldados franceses, 4 oficiales y 71 soldados rusos, 7 oficiales y 56 soldados norte-americanos, 3 oficiales y 39 soldados italianos y 2 oficiales y 24 soldados japoneses.

ÚLTIMAS NOTICIAS DE LA GUERRA ANGLO-BOER.

Paris, 1.º—Telegrafían desde Pretoria al Herald que ayer los ingleses fueron rechazados, con grandes pérdidas, y que la batalla continuaba.

El presidente Krüger, tranquilo y vigoroso, daba órdenes á los generales Meyer y Reitz y demás funcionarios.

Otros telegramas dicen que Krüger y demás miembros abandonaron á Pretoria.
Mr. Chamberlain ha anunciado la toma de Pretoria. Pero no se ha confirmado oficialmente.

LO QUE DICE SAGASTA.—UNA AGRESION.

Madrid, 1.º—Hablando con varios amigos, el jefe del partido liberal ha dicho que la solicitud de la Union Nacional pidiendo audiencia a la reina estaba inspirada únicamente en su odio al Gobierno, y por eso los solicitantes no tuvieron en cuenta los términos de la atiquista palaciega; pero afirma que de todas maneras no puede disculparse la ligereza del Gobierno. El señor Sagasta ha dicho que, á su entender, hubiera podido ser recibida la Union Nacional en audiencia por la reina, aunque esto hubiese podido traer alguna complicacion en la política. No cree que el Gobierno emplee la fuerza para cobrar los tributos, pues al ejército no puede manosearsele. Por último, ha manifestado que ignora cuanto durará este Gobierno, pues eso depende de muchas circunstancias que pueden sobrevenir.

Comunican de Sevilla que un teniente de infantería fué objeto de una agresion en la plaza del Salvador de dicha capital. Un soldado promovió un escándalo y un teniente le detuvo. Intervino un sargento, quien quiso encargarse del soldado, á lo cual se negó el oficial. Entonces el sargento amenazó á su superior, siendo por ello arrestado, instruyéndose la correspondencia sumaria.

COGIDA DE «LAGARTIJO».—LA COMISION DEL FOMENTO.

Madrid, 1.º—De Cáceres telegrafian que el sexto toro lidiado en la corrida de ayer cogió á *Lagartijo*, infririéndole un puntazo de cuatro centímetros en el muslo derecho. Era el toro de la ganadería de Palha. *Lagartijo* pasó á la enfermería, quedando en bastante mal estado. La afición está trastornada.

Los comisionados del Fomento del Trabajo Nacional muéstranse en extremo complacidos por el buen resultado que dicen haber tenido sus gestiones cerca del ministro de Instrucción pública. Dicen que el señor García Alix les ha dado la razon en todo y les ha prometido aclarar las disposiciones sobre enseñanza obrera, de la que se encargará el mismo Fomento.

DIMISION.—PUSILAMIENTO.

Madrid, 1.º—Decían anoche en los círculos políticos que el gobernador de Logroño, señor Huescar, se había mostrado sorprendido al recibir la noticia de que se admitía su dimision. Este acuerdo del Gobierno se relaciona con las dificultades que se notaban en la provincia para el cobro de las contribuciones. Dicho señor había dimitido por pampilas, pensando que el Gobierno no se la admitiría, y ahora se encuentra con que yendo por lana ha salido traquilado.

Comunican de San Fernando que hoy será pasado por las armas un marinero del *Pelayo* que agredió á un oficial del referido buque. Juzgado por el procedimiento sumarísimo, el Consejo de guerra le ha condenado á muerte.

ÚLTIMOS PARTES

MADRID 1.º de Junio.

El País publica un artículo con el título «La Corona sacuestra la», y dice: «Tan trastornadas andan las cosas políticas, que un periódico republicano tiene que denunciar al país el sacuestro de la régia prerrogativa por el Gobierno.» Por este párrafo pueden juzgar el resto. Vuelve hoy á ocuparse dicho periódico de la memoria vía del marqués de Ruschans, y dice cosas tremedadas. Luego se ocupa de la Union Nacional, y aquí hago punto refondo, sin decir una palabra de lo que escribe.

Esta madrugada, cuando se dirigía el señor Dato, ministro de la Gobernacion, á su domicilio, acompañado de dos amigos, el coche volcó con estrépito junto á la fuente de la Cibele, cayendo en confuso monton el ministro y sus acompañantes. No es la primera vez que un coche de ministro se hace pedazos en quince dias. *El Liberal* habla de esta coincidencia y dice que hasta la masa inerte protesta del silvaltemo y lanza á tierra con violencia á sus hombres. Reflexionemos.

Con el título «Payasada fúmbre» publica un artículo *El Liberal* ocupándose de lo de ayer del telegrama de Manzanares referente al señor Costa, y dice que es de lo más violento y humorístico que se escribe contra un gobernante y especialmente contra un presidente del Consejo. Hasta *La Epoca* ha querido curarse en salud, rectificando la especie. *El Liberal* cree que, sin embargo, esto no impedirá que al Gobierno siga cultivando su sistema favorito llenando de mentiras é invenciones los periódicos que están á su servicio.

El Liberal entra luego en un terreno que me obliga á pasar á otro punto.

Azoché hubo dos reuniones importantes, de las que no quise dar cuenta por razones que no es necesario decir. Y hoy he de hacer lo mismo respecto á cosas que se dicen de estas reuniones y que anoche no eran todavía conocidas.

De Cáceres dicen que la herida recibida ayer por *Lagartijo chico* es leve y que á las supone que dentro unos cinco días podrá volver á torrear. *Lagartijo chico* llega á Madrid esta mañana. Se hacen elogios de la bravura de los toros portugueses. También fué cogido *Machaquito*, sin consecuencias. La corrida fué buena; naturalmente, como que hubo dos cogidas!

El Liberal publica un trabajo juzgando la disposición de Aliz á propósito de la creación de escuelas en las fábricas. El título del trabajo es «Lo arbitrario é inocente» y está escrito para hacer reír al mismo tiempo que para criticar á los gobernantes que decretan como los actuales.

Paso por alto los despachos de provincias que publican los periódicos respecto á cierta materia.

El Imparcial, en artículo que titula «Otro horizonte», habla de la union ibero-americana y dice que «personas y grupos sociales á quienes el vértigo no ha turbado, en medio de tanta polvareda y estrépito, se ocupan del porvenir de España». Procura dedicarse á esto solo; pero no pueda sustraerse del estrépito, porque á cada paso olvida el articulista el asunto de que trata para hablar de lo otro... de la polvareda. Dice que los trabajos de los que preparan la union ibera tendrán gran valor para las generaciones venideras.

Segun *El Imparcial*, en la reunion que ayer celebraron los accionistas del Norte, presididos por el señor Sagasta, se tomó, entre otros, el acuerdo de establecer el pago en oro de las obligaciones y establecer un fondo de reserva de doce millones oro en garantía. Este acuerdo lo impugnaron el marqués de Comillas y el señor Gomez Acavedo; pero fué aprobado por gran mayoría: 117.000 acciones contra 40.000.

De Murcia comunican que la opinion está muy preocupada con el crimen realizado ayer tarde. Se trata, como se sabe, de un matrimonio que tenía buena posicion, y la causa se cree que no fué los celos, sino el propósito del marido de vender las fincas de su esposa.

El hecho, segun la version más verídica, ocurrió en esta forma: La esposa corrió hacia una habitacion con balcon á la calle encerrándose en ella. El marido rompió la puerta y la esposa se tiró por el balcon, ensangrentándose la cabeza al caer al suelo. La gente se arremolinó. El marido asistió á la esposa, que estaba en el suelo, tres puñaladas, dejándola muerta. Un hermano de la víctima acudió navaja en mano; pero el parriecida le hirió otras tres puñaladas, quedando el coñado en muy mal estado, y arremesó furiosamente contra todos los que intentaban detenerle.

El señor Dato ha teleografiado otra vez al señor Alzaga, rogándole acepte la Alcaldía de Valencia. Y con esta van seis peticiones que han resultado inútiles.

El Consejo de guerra celebrado á bordo del *Pelayo* ha sido condenado á diez y siete años de presidio un maricero que maltrató á un pasajero de navío.

Ha venido una comision de Cádiz á pedir amparo para los arsenales.

Esta madrugada ha sido muy comentado un suelto que contra el *Heraldo* y *El Liberal*, por su campaña á favor de la Union Nacional, ha publicado un periódico militar que se considera es el órgano en la prensa del general Azcárraga.

(De nuestros corresponsales.)